

In memoriam

AMELIA LAPEÑA-BONIFACIO



La noticia del fallecimiento de la Artista Nacional de Filipinas, Amelia Lapeña-Bonifacio (04-04-1930 / 29-12-2020) antes del fin del año nefasto 2020, fue para mí como un jarro de agua fría, en un momento de "superfresco" (por no decir, frío) en la Manila de su nacimiento y de frío sobre todo, en lo que se llama desde esta orilla, Occidente. Denominada la "gran dama del teatro infantil del sudeste asiático" esta catedrática de oratoria y artes escénicas de la Universidad estatal de Filipinas cultivó este género nacido en la región en que se encuentra su tierra natal y lo convirtió en un arte muy de su pueblo, sobre todo para los más pequeños. Lejos de su mente el propósito de infantilizar aún más a los niños sino más bien para enseñar a todos, incluyendo a los grandes o adultos, a ver la realidad con ojos no ingenuos sino más bien perceptivos, intuitivos, contemplativos e incluso moralizantes, propios de los niños, que distinguen por su candor natural nítidamente entre lo bueno y lo malo, yendo más allá del avivamiento de pasiones suscitadas por cuestiones éticas que a su vez tienen su origen en temas sociales candentes.

La profesora Bonifacio era sobre todo una titiritera. Muy joven vi por vez primera una producción de su grupo Teatro Mulat (Teatro Consciente o Despierto), fundada por nuestra finada en 1977. Fue en el Colegio de los PP. Agustinos en Makati, a principio de la década de los ochenta. Me impresionaron los segmentos de las obras dramáticas escenificadas aquel día en el anfiteatro del Colegio. Pero lo que más me fascinó fue el comienzo del espectáculo con una oración o invocación, a estilo pagano —como yo sostenía entonces debido a mi ingenuidad—, pero más bien a estilo filipino, indígena, invocando el espíritu filipino, esto es, el Absoluto de nuestra cultura desde los parámetros de la misma, lo cual me resultó novedoso tras oír misas en tagalo en mi parroquia. Y luego, en la medida en que iba desarrollándose la presentación, máxime con el sonido delirante y el ritmo agresivo de los instrumentos de percusión, percibí la presencia en aquel anfiteatro de dicho espíritu que unía en clave de comunión varias creencias, tradiciones e ideologías arraigadas en el suelo de sureste de Asia pero con vuelos y matices claramente filipinos y un tono sencillo para niños, sobre todo los filipinos.

No dejan de ser controvertidas, incluso sesgadas, las críticas de Bonifacio hacia la obra de Jim Henson. Entre otras cosas, Amelia criticaba las escenas violentas e incluso ridículas en Barrio Sésamo y Muppet Show. Metodológicamente, la profesora filipina abogaba obras más largas, reflejando las obras épicas de su querida Asia, para títeres insistiendo en que los niños son capaces de soportar o seguir con atención obras de teatro de gran duración, lo cual no fue